

BIBLIOGRAFIA

RAHTZ, Ph., *Invitation to Archaeology*, Oxford, Basil Blackwell, 1985, 8.º, viii + 184 pp.

Ni el título ni la apariencia editorial, la portada con el manido respaldo del trono de Tutank-ammon, dan cumplida idea de lo que significa este libro. No es el consabido manual iniciático ni una "aproximación". Algún tema, p.e., "¿Qué es la Arqueología?" tiene para un español recuerdos opositoriles, pero el planteamiento nada tiene de opositoril. No es habitual ver expuesto, siquiera sumariamente, el capítulo de motivaciones, personales y nacionales (recuérdense en este sentido cierta "oposición", siempre sentida en España, a la excavación de yacimientos romanos con resabios de aquel "lo nuestro" que tantas veces condujo al estudio prosopográfico de los imagineros de Carmona). Tampoco se incluye, aunque se diga mucho (y no se yerra con ello totalmente) que "no hay arqueología, sino arqueólogos", el estudio de los arqueólogos como grupo humano y sus motivaciones, en mucho manual iniciático el arqueólogo parece un ente ideal que, como Atenea, nace adulto y armado. Delicioso el capítulo "Fringe Archaeology" y las "traducciones" del lenguaje profesional (p. 107 ss.) o la manía nominalista que se aproxima (cfr. 116, fig. 6) al de los modernos autores de novelas en el género "sword and sorcery". El caso es que entre veras y bromas, se nos plantea aquí una crítica metodológica a la arqueología actual, que no por británica es menos universal; del mismo modo que es británica, aunque desgraciadamente no universal, la historia de los patronazgos en las excavaciones de Sutton Hoo y del mismo modo que es pragmático y británico el capítulo "Arqueología y Público"...

En resumen, éste es un libro excelente; de interés por su doctrina y su amenidad, es decir, dos importantes razones por las cuales puede dudarse de que un editor español se proponga incorporarlo a sus fondos especialmente si se añade un tercer "defecto": no es ni intenta ser un libro de texto...—ALBERTO BALIL.

MARTLEW, R., *Information Systems in Archaeology*, Gloucester, Alan Sutton Publishing Co., 1984, 4.º, 160 pp.

Este volumen reúne una serie de materiales discutidos en una reunión de fin de semana en la Leicester University, marzo de 1982.

Punto de partida de esta reunión era el "Informe Frere", 1975, al Council for British Archaeology sobre la crisis de las ediciones arqueológicas, y hasta qué punto podían presentarse nuevos enfoques del problema como resultado de la generalización de ciertos instrumentos de trabajo, singularmente los "ordenadores domésticos".

La reunión coincidía con un plan gubernamental, IT 82, de difusión de la tecnología informática, pero los "ordenadores domésticos" se hallaban en una fase elemental, "Commodore'64, el "boom" Sinclair de hallaba en mantillas y la aparición de ordenadores PC no se había producido.

Mutatis mutandis el estado de cosas tratado en Leicester parece bastante semejante al actual español. El PCW ha hecho posible la primera generación de arqueólogos españoles,

generalmente autodidactas, que han recurrido a los ordenadores. Hay excepciones, como pueden ser los trabajos de López Rodríguez sobre la T.S.H.T.; de Angel Fuentes en el caso de las necrópolis tardorromanas, o de Mertzxe Urteaga para la cerámica altomedieval del valle del Duero, pero en general la utilización de los ordenadores domésticos se desarrolla principalmente en el ámbito del proceso y tratamiento de textos o en la confección de ficheros indexados más que en la programación. Las palabras de Cleere "we are ruled by a doctrinaire Government dedicated to... cutting back of state spending", aunque en nuestro caso ello va acompañado de explícitas declaraciones sobre la "inutilidad social de las Humanidades" son comunes. La "organización" de nuestra arqueología no es menos compleja que la descrita por Cleere (1s.) pero con la diferencia que entre nosotros "the presentation of past to laymen through museums and monuments" no es "a secondary use" sino que más bien parece ser el principal y fundamental. Nuestra organización no presenta, aunque sí con menos interrelación e intercambio, la serie de fases que existen en Gran Bretaña (Cleere, *o. c.*, 9 s.) pero pesa sobre nosotros el no tener un organismo equivalente al "Council for British Archaeology" sino que más parece que nos complazcamos en destruir o inutilizar todo aquello que pudo ser interpretado como un rudimento del mismo. Es más, ni siquiera tenemos, y de ello debiéramos avergonzarnos, aunque no parece ser así, una definición jurídica del arqueólogo, derechos, atribuciones, deberes y prevención de intrusismo, si bien somos uno de los países europeos que más legislación ha producido, y menos ha aplicado, en el presente siglo, sobre tutela del patrimonio del Estado, patrimonio, o "tesoro" artístico, histórico-artístico y otras variaciones semánticas. Sólo en 1985 los organismos jurídicos estatales han iniciado su actuación en defensa del patrimonio arqueológico que, quizás por no ser fiscal, no era digno de ocupar su valioso tiempo.

Por ello este libro es actual para el lector español sin serlo del mismo modo para el británico. Es posible que hasta se acepte que el ordenador deberá ser algo tan común en una excavación como una máquina de escribir con sonrisa entre escéptica y sarcástica, puesto que nuestros sistemas contables, estatales o autonómicos, no parecen prever otro material de excavación que los "picos, palas y azadones", y no es lo mismo trasladar a una excavación la propia máquina de escribir que un ordenador, y por añadidura conectado con un terminal-base de datos. No se trata tanto de acumular información cuanto de hacer posible su interpretación y no es sólo un problema británico el caso de las memorias de excavaciones con un 99 por 100 de inventarios y un 1 por 100 de interpretación (Cleere, *o. c.*, 19).

Tampoco hay que seguir haciendo un mito del uso del ordenador. Más que una máquina infernal o prodigiosa hay que ver en él un instrumento utilizado en un proceso en substitución de otros menos rápidos, sean lápiz y papel o máquina de escribir, que ha tenido su propio desarrollo y que algunas fases de éste, aún recientes en el tiempo como las "fichas perforadas", están tan cerca de nuestros ordenadores de disco, duro o "floppy", como pueda estarlo un arcabuz de un subfusil automático, y el recurso a un "modem" consumiría en una semana el entero presupuesto, para nuestros usos, de una excavación. Por ello la comunicación de Wilcock (p. 21 ss.) suena a extrañamente arcaica y no sólo por el olvido de impresoras o el hecho que incluso el "software" está hoy recortando sus precios, o que sólo se recuerden las impresoras de "margarita". En cambio es útil en ciertos aspectos el informe de Fluse (p. 41 ss.), con un utilaje revisado a un estado de cosas de 1984 pero con útiles observaciones prácticas. Voorrips plantea los potenciales de los micro-ordenadores de 1982, y, dentro de su simplicidad, sus posibilidades. Contiene algunas advertencias útiles, p. e., el "borrado involuntario" y observaciones sobre el tratamiento de textos. Desgraciadamente sigue siendo actual su comentario sobre la inexistencia "de software" según las necesidades explícitas de un arqueólogo, y hay que tener en cuenta que su concepción no es la del "ordenador en la excavación como herramienta para la producción de listados de hallazgos". Benson (p. 54 ss.) plantea un caso práctico de archivo, del fichero al catálogo, comparable al de uso en una biblioteca. El

caso es comparable al de Stewart (p. 77) sobre informatización de museos. Oppenheim trata de mostrarnos un paisaje rosáceo sobre "bancos de datos" "on line" pero las perspectivas (96 ss.) que se ofrecen son pobres, aunque no sería demasiado difícil trasladar a una de estas fuentes obras como *LIMC*, *EAA* o el Catálogo de la Biblioteca del DAI de Atenas y Roma. Incluso el programa KRAS de Leicester University (Marlew, *o. c.*, 99 ss.) se encierra en la arqueología británica, como en el caso del CBA, pero no carecen de interés sus observaciones sobre un punto clave como es el de las "palabras-guía". Evidentemente hay un grave problema de costes (Lavell, *o. c.*, pero podría reducirse utilizando bibliografías impresas, ¿es que el CBA no podría utilizar FA? Otro carácter tienen las comunicaciones sobre uso editorial de los ordenadores, quizás no desarrollable para un arqueólogo pero que no por ello puede permitirse el carecer de información a este respecto. Habría que subrayar los comentarios de Hassall (p. 142 ss.). Tanto el trabajo de Cleere como éste podrían iniciar y cerrar el volumen. Las observaciones que se hacen desde el marco de la Oxford Archaeological Unit (vinculada a St. Cross College) pudieran plantearse en términos tan familiares a nuestra circunstancia como pueden serlo una arqueología territorial y ciertos marcos forales o autonomías uniprovinciales. Quizá haya algo de enfoque coyuntural en las reflexiones de Hassall al partir del supuesto de hallarse "at a time when government are scarce" y al arqueólogo español sabe de sobra que siempre lo han sido cuando se ha tratado de arqueología, pero en la actualidad lo son más, y que la arqueología, en las nuevas administraciones autonómicas, es sin duda una parte del patrimonio cultural que por innúmeras razones, desde el desarrollismo a las afinidades curriculares, no es ni siquiera el pariente pobre del patrimonio monumental sino el desconocido mendigo de una alejada esquina. Ahora bien, la reunión de Leicester tuvo un punto de partida, la revisión del informe Frere y su meollo, la publicación de memorias de excavaciones y, en cierto modo —las discutidas categorías de Frere—, qué era una memoria de excavación y cómo debía publicarse. El informe no era ni doctrinario ni metodológico sino buena muestra del pragmatismo británico, el problema de "dar salida" a los resultados de la "Rescue Archaeology", o "Urgencias". Hoy este problema es evidente en España, los viejos manantiales de publicación o han sido sellados o se hallan en un compás de espera del que nada sabemos qué puede esperarse, si un "cambio", una "revolución", una reforma semántica o una, lampedusiana desde luego, afloración guadianesca. Los servicios regionales son, generalmente, embrionarios y no deben llegar a media docena, un 30 por 100, las comunidades que han iniciado una serie de publicaciones de memorias. Como, al contrario de Gran Bretaña, en España siempre llueve sobre mojado son generalmente las mismas personas las que deben atender museos o docencia universitaria, museos y excavaciones sean de urgencia o planificadas. De vez en cuando se habla de una "reducción" de excavaciones, pero la reducción de urgencias no es planificable, salvo en el ámbito de una parálisis nacional de todo género de actividades, por lo cual no cabe aquí el socorrido economicismo, micro —o macro— poco importa ahora, de "reducir stocks". El arqueólogo dispone, como el sociólogo o el economista, de un patrimonio de veinticuatro horas diarias y por mucha planificación a lo Serván-Schreiber que practique, no dispone de un segundo más pero sí puede estar seguro que aquellas otras tareas no se reducen sino que se aumentan. Deberá redactar varias veces su memoria anual de actividades, no porque éstas sean distintas sino por la simple razón que los módulos, todos pretendidamente informatizables, serán distintos según se trate de la Secretaría General o el Vicerrectorado de Investigación de su Universidad, el Consejo Social, el Gobierno Autónomo, el Consejo de Universidad o la Comisión Asesora de Investigación Científica y Técnica, la Dirección General de Relaciones Culturales, los organismos de Cooperación Europea, etc., todo ello para contar la misma historia... Hasta aquí lo que podríamos llamar "actividades regulares", pero otro tanto cabrá decir cuando se trate de solicitar permisos de excavaciones o los correspondientes créditos, todo lo cual presupone no cursos gerenciales pero sí de contabilidad y derecho administrativo tras lo cual terminará con el pleno convencimiento

que su proyección en este mundo postkafkiano pero nada orwelliano no ha enriquecido su patrimonio de experiencias, no ha ampliado su visión del mundo salvo haber llegado a la convicción del triunfo del apócrifo concepto d'orsiano del "oscurezcámoslo".

La reunión de Leicester no es reciente; me parece ya un tanto alejada de la realidad británica de este penúltimo decenio del siglo xx pero, como se ha comentado —y desgraciadamente seguirá comentándose— en estas páginas de la visión "retro" de la investigación que nos ofrece en sus traducciones nuestra industria editorial hay razones para comenzar a pensar que nuestro mundo administrativo no marcha por cauces muy distintos, si bien su manantial sea la fase intermedia de la "traducción francesa".—ALBERTO BALIL.

D'ANDRIA, F. (ed.), *Informatica e Archeologia Classica*, Galatina, Congedo, 1987, 4.º, 352 pp. (=Università di Lecce, Scuola di Specializzazione in Archeologia Classica e Medievale. Archeologia e Storia, II).

Este volumen corresponde a las actas del homónimo "encuentro" celebrado en Lecce (12-13 de mayo de 1986), bajo el patrocinio de la Universidad de Lecce, la "Scuola Archeologica Italiana di Atene" y el "Istituto per la Storia e per l'Archeologia della Magna Grecia".

Reunión y actas pueden dar una idea cabal de, en contra de lo supuesto por algunos, lo habitual de uso de ordenadores en Arqueología Clásica y cuan erróneo es ver en ellos algo privativo y exclusivo de la "New Archaeology". Me atrevería a decir que si este uso no se ha difundido más ha sido debido a lo prohibitivo de los ordenadores en los centros de Arqueología Clásica y a la monomanía por circunscribirlos al ámbito de las llamadas Facultades de Ciencias o los "Centros de Cálculo" donde se han reducido a ser una poco adecuada herramienta de la parafernalia burocrática universitaria.

Quizás quien desee entrar en el estudio del campo de las "posibilidades" del uso de ordenadores en Arqueología Clásica debiera iniciar la lectura de este volumen con la comunicación de R. Ginouves sobre "el caso francés", es una recapitulación de una experiencia que, como toda experiencia, podría evitar el incurrir en nuevos errores que no son sino los mismos en otro país.

Es obvio que muchas de las experiencias analizadas en este volumen no se hallan al alcance de un Departamento que no dispone más que de un ordenador personal o el arqueólogo que dispone, simplemente, de un "matamarcianitos". Unos proyectos como los de Paolo Sommella para la "cartografía arqueológica cumputerizzata" requieren cuando menos de un tipo de ordenador sólo asequible en un Instituto cartográfico.

Los programas "numismáticos" han alcanzado una cierta difusión, incluso en países que carecían de experiencia previa en la utilización de ordenadores, pero convendría se advirtiera la necesidad de utilizar fichas adecuadas. No se puede pretender utilizar fichas de un centro cuyas catalogaciones se basan en RIC junto con otro que se ha limitado a utilizar la primera edición de Cohen. Esto sonará a elemental, lápalisiano o perogrullesco pero el caso es que se está haciendo y, al parecer, se espera obtener de ello un resultado coherente. Una comunicación general sobre "lo que no se puede hacer" con un ordenador, o "hacerle" al ordenador, no habría estado demás, especialmente en un momento en que el neófito de la informática parece hallar la piedra filosofal y al que alude D'Andria en su "presentación". Lo compleja que puede y debe ser una ficha lo muestra claramente la relación de la Sra. Guimet-Sorbiers. El trabajo de Gottarelli muestra cuan útil puede ser un ordenador en una excavación, no el terminal "a pie de obra" que exigían algunos fanáticos de las supraestructuras de la "New Archaeology". Incluso el "modesto" modelo de Letizia Gualandi, Andreina Ricci, etc.

Quienes no piensen exclusivamente en arqueología de campo sino en algo más inme-